

CONFESIONES Y MEMORIAS

Mientras duran los efectos de la traición de los partidos a la democracia, y no se reconoce que ésta era algo realizable de modo pacífico a la muerte del dictador; mientras continúe la



propaganda universal de que esta Monarquía es una democracia y no una oligarquía constituida en un Estado de Partidos; mientras se siga mintiendo sobre los hechos históricos verificables, que determinaron el secreto consenso monárquico predeterminado por el dictador y la renuncia de los partidos a su compromiso por la apertura de un período constituyente de la libertad; mientras se persista en considerar «legítimo» que unas Cortes legislativas se hicieran constituyentes por decreto de la Autoridad; mientras se afirme como verdad inconcusa la estupidez metafísica de que solamente era posible, entonces, lo que se ha realizado después (cuestión a la que, por su importancia mental, dedicaré otros espacios), yo seguiré escribiendo, sin esperanza de ser oído, la simple verdad. Aunque se sonrían con aires de superioridad los escépticos que no quieren ver más allá de donde les permite su inseguridad vital; aunque mis relatos fidedignos se tomen como una opinión más, entre otras; aunque me ignoren o maldigan los numerosos partidarios de la traición victoriosa, yo continuaré diciendo la verdad de los hechos en que participé como actor principal, y poniendo en solfa las falsas opiniones sobre la historia de la Transición.

Durante mucho tiempo me abstuve de escribir sobre unos hechos tan decisivos para la historia de la libertad y la dignidad nacional, como sin duda lo fueron la Junta Democrática y la Platajunta, a causa del papel relevante que desempeñé en aquella prefiguración popular de la democracia bajo la dictadura. Y no porque temiera caer en los subjetivismos y parcialidades que acechan a las Memorias o Confesiones de los que han sido actores o testigos de acontecimientos históricos. Eso lo puede superar el rigor en la narración de hechos, la objetividad en el planteamiento de los intereses en conflicto y de las ideas enfrentadas, y la fidelidad en el recuerdo de los sentimientos colectivos y personales. Pues como dijo justamente Goethe, «¿por qué el historiador no habría de hacer consigo mismo lo que hace con los demás?».

Lo que me atenazaba el ánimo de escribir el relato de mi acción política bajo la última fase de la dictadura era otra clase de temor. Temía que la mera constancia de los hechos protagonizados por la Junta Democrática fuera, o pareciera, una adulación a mí mismo. Temía que el reconocimiento sincero de los errores de la Platajunta pudiera ser considerado como una confesión de culpa, que es una forma sutil y perversa de la vanidad. Las Confesiones, incluso las de San Agustín y Rousseau, pueden estar justificadas como literatura reflexiva, pero son escabrosas como fuente de información. No me

parece justo, ni digno, dar valor de juicio universal a lo que pertenece a la esfera de la sensibilidad. Pese a ser consciente de que la verdad de los hechos históricos había sido sacrificada a la mentirosa propaganda del sistema de poder de la Transición, y pese a que nadie parece tener algún interés en sacarla a la luz, yo estaba dominado por el prejuicio de no escribir mis Memorias, inbuido por la idea de que en este género literario no se espera encontrar la verdad de los hechos, sino la maledicencia, pocas veces irónica, sobre personajes públicos con los que ha tratado el cronista de su propia vida. Pero al releer la «Contribución a la crítica de mí mismo» de B. Croce, me pareció exagerado el prejuicio absoluto contra las Memorias. Que llegan a ser un deber, como lo expresó el pensador italiano, cuando «se cree poder conservar para la posteridad algunas importantes noticias que de otro modo podrían perderse». Y eso es lo que estoy haciendo ahora en esta serie de artículos. Cumplir con un deber.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

EL FIN DE LA TRANSICIÓN, TAMBIÉN CON ETA

Un amigo de Juan Bravo presta a los lectores de LA RAZÓN una teoría: las palabras de Aznar en la primera rueda de Prensa tras las vacaciones suponen, de hecho, el fin de la Transición política, en lo que al terrorismo atañe. Cuestiones tales como que no se puede dialogar con quien simplemente plantea «o te vas, o te rindes, o te mato»; o la desconfianza mostrada ante los nacionalistas que han firmado pactos con los terroristas; o, en fin, el agresivo discurso contra los nazis de HB... son ejemplos de que la actitud pactista y de complacencia con ese genérico mundo del nacionalismo radical, en sus vertientes armada o política, están termi-

nando. Y tiene razón nuestro comunicante, porque durante cuatro lustros ha habido una virtual sumisión al PNV en cuantas reivindicaciones quisiera plantear, como si eso terminara por desarmar a la banda Eta, cuando es todo lo contrario: puede terminar por desarmar al Estado frente a Eta. Al final, como dice el comunicante, lo único bueno es que podemos haber acabado con el complejo de que la democracia española tenía que hacerse perdonar que antes hubo una dictadura. Como si los nacionalistas hubieran sido las únicas víctimas.

Juan BRAVO



ESPAÑA VIRTUAL



nas de la cultura mediterránea, permitiendo, según imagino, al visitante conocer a Tesco y al Minotauro, bajar en el Argos. Quizá asaltar las murallas de Troia. O mamar de la tibia de Rómulo y Remo. El desastre de la Expo de Sevilla, a su

vez, había desembocado en un parque temático, «Isia Mágica», que ahora se encuentra en plena crisis, como luego indicaré. Y en un viaje a Asturias me contaron hace tiempo —no sé si la idea ha progresado— que se aspiraba a buscar una salida a la crisis industrial del Principado, mediante un parque que reprodujera el universo del paleolítico.

De seguir las cosas, así, en el límite, cuando nuestra productividad haya llegado al cero, toda España se habrá convertido en un inmenso parque temático. Y será necesario modificar nuestra formación profesional. ¿Para qué estudia Vd, joven? ¿Para mecánico especialista? ¿En qué? No señor, yo me estoy preparando para hacer de hoplita. ¿Y Vd? Yo de cazador paleolítico. Y yo para representar a Medea, añado una voz femenina. Toda España convertida no en un gran teatro —¡ojalá tuviéramos más y mejor teatro!— sino en un inmenso circo. Dicho sea esto con el mayor respeto para el espectáculo circense, cuando se da en sus naturales dimensiones, mas no cuando invade la realidad entera. Y pretende infantilizar a toda la población.

La imagen de España como espectáculo se fue desarrollando en el siglo XIX, a medida que se descomponía el viejo imperio. Los grabados, los pinceles de diferentes pintores, las plumas de escritores presentaron esta imagen del país exótico de bailarinas, toreros y bandoleros. En los penosos años de la dictadura fué el lema de «España es diferente» y la imagen de «sol, toros y Franco». Ahora, cuando nuestra capacidad productiva se desploma al socaire de una política centroeuropea y de una globalización que sólo beneficia a los más fuertes económicamente, no se les ha ocurrido mejor idea a nuestros dirigentes políticos y empresarios que convertirnos otra vez en escarpate, no ciertamente de nuestra propia realidad, sino de la fantasía de tiempos remotos. Y multiplicar peculiares Disneylandias.

Y en ellas se invierten sustanciosas cantidades. Que, sin duda benefician altamente a los constructores, pero que con toda probabilidad acobardan en el fracaso económico. Así lo muestra la historia de la «Isia Mágica» de Sevilla, cuyos gastos americanos en restauración, al ver que las ingenuas expectativas de rentabilidad se convertían en penoso déficit, y que, tras un intento de reflotación por las Cajas de Ahorro, se abre este año con un mes de retraso. Y es que, por mucho que pretenda infantilizar la civilización actual, no acaba de reducirnos a niños juguetones. Juguetones, porque semejantes parques no definen espacios culturales, sino de juego. Si se pretendiera aumentar la cultura popular sería más adecuado invertir en escuelas y en cursos de adultos, cuya deficiencia en nuestro país ha sido denunciada recientemente por la Comisión Europea. Afrontemos la España real, frente a su huida hacia lo virtual.

Carlos PARÍS